



01
julio

Domingo XIII del Tiempo Ordinario
(Ciclo B) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo

Lectura del libro de la Sabiduría 1, 13-15; 2, 23-24

Dios no ha hecho la muerte
ni se complace en el perdición de los vivientes.
El ha creado todas las cosas para que subsistan;
las criaturas del mundo son saludables,
no hay en ellas ningún veneno mortal
y la muerte no ejerce su dominio sobre la tierra.
Porque la justicia es inmortal.

Dios creó al hombre para que fuera incorruptible
y lo hizo a imagen de su propia naturaleza,
pero por la envidia del demonio
entró la muerte en el mundo,
y los que pertenecen a él tienen que padecerla.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 29, 2. 4-6. 11-12a. 13b

R. *Yo te glorifico, Señor, porque Tú me libraste.*
Yo te glorifico, Señor, porque tú me libraste
y no quisiste que mis enemigos se rieran de mí.
Tú, Señor, me levantaste del Abismo y me hiciste revivir,
cuando estaba entre los que bajan al sepulcro. **R.**

Canten al Señor, sus fieles;
den gracias a su santo Nombre,
porque su enojo dura un instante, y su bondad, toda la vida:

si por la noche se derraman lágrimas, por la mañana renace la alegría. **R.**

Escucha, Señor, ten piedad de mí;
ven a ayudarme, Señor.
Tú convertiste mi lamento en júbilo.
¡Señor, Dios mío, te daré gracias eternamente! **R.**

Que la abundancia de ustedes supla la necesidad de los hermanos

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 8, 7. 9. 13-15

Hermanos:

Ya que ustedes se distinguen en todo: en fe, en elocuencia, en ciencia, en toda clase de solicitud por los demás, y en el amor que nosotros les hemos comunicado, espero que también se distinguan en generosidad.

Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza.

No se trata de que ustedes sufran necesidad para que otros vivan en la abundancia, sino de que haya igualdad. En el caso presente, la abundancia de ustedes suple la necesidad de ellos, para que un día, la abundancia de ellos supla la necesidad de ustedes.

Así habrá igualdad, de acuerdo con lo que dice la Escritura: "El que había recogido mucho no tuvo de sobra, y el que había recogido poco no sufrió escasez".

Palabra de Dios.

ALELUIA Cf. 2Tim 1, 10b

Aleluia.

Nuestro Salvador Jesucristo destruyó la muerte
e hizo brillar la vida, mediante la Buena Noticia.

Aleluia.

EVANGELIO

¡Niña, Yo te lo ordeno, levántate!

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 5, 21-43

Cuando Jesús regresó en la barca a la otra orilla, una gran multitud se reunió a su alrededor, y Él se quedó junto al mar. Entonces llegó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, se arrojó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi hijita se está muriendo; ven a imponerle las manos, para que se cure y viva». Jesús fue con él y lo seguía una gran multitud que lo apretaba por todos lados.

Se encontraba allí una mujer que desde hacía doce años padecía de hemorragias. Había sufrido mucho en manos de numerosos médicos y gastado todos sus bienes sin resultado; al contrario, cada vez estaba peor. Como había oído hablar de Jesús, se le acercó por detrás, entre la multitud, y tocó su manto, porque pensaba: «Con sólo tocar su manto quedaré sanada». Inmediatamente cesó la hemorragia, y ella sintió en su cuerpo que estaba sanada de su mal».

Jesús se dio cuenta en seguida de la fuerza que había salido de Él, se dio vuelta y, dirigiéndose a la multitud, preguntó: «¿Quién tocó mi manto?»

Sus discípulos le dijeron: «¿Ves que la gente te aprieta por todas partes y preguntas quién te ha tocado?» Pero Él seguía mirando a su alrededor, para ver quién había sido.

Entonces la mujer, muy asustada y temblando, porque sabía bien lo que le había ocurrido, fue a arrojarse a los pies y le confesó toda la verdad.

Jesús le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda sanada de tu enfermedad».

Todavía estaba hablando, cuando llegaron unas personas de la casa del jefe de la sinagoga y le dijeron: «Tu hija ya murió; ¿para qué vas a seguir molestando al Maestro?» Pero Jesús, sin tener en cuenta esas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: «No temas, basta que creas». Y sin permitir que nadie lo acompañara, excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago, fue a casa del jefe de la sinagoga.

Allí vio un gran alboroto, y gente que lloraba y gritaba. Al entrar, les dijo: «¿Por qué se alborotan y lloran? La niña no está muerta, sino que duerme». Y se burlaban de él.

Pero Jesús hizo salir a todos, y tomando consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que venían con él, entró donde ella estaba. La tomó de la mano y le dijo: «Talitá kum», que significa: «¡Niña, yo te lo ordeno, levántate!» En seguida la niña, que ya tenía doce años, se levantó y comenzó a caminar. Ellos, entonces, se llenaron de asombro, y él les mandó insistentemente que nadie se enterara de lo sucedido. Después dijo que le dieran de comer.

Palabra del Señor.

O bien más breve:

+ **Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos** 5, 21-24. 35b-43

Cuando Jesús regresó en la barca a la otra orilla, una gran multitud se reunió a su alrededor, y Él se quedó junto al mar. Entonces llegó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y el verlo, se arrojó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi hijita se está muriendo; ven a imponerle las manos, para que se cure y viva». Jesús fue con él y lo seguía una gran multitud que lo apretaba por todos lados.

Llegaron unas personas de la casa del jefe de la sinagoga y le dijeron: «Tu hija ya murió; ¿para qué vas a seguir molestando al Maestro?» Pero Jesús, sin tener en cuenta esas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: «No temas, basta que creas». Y sin permitir que nadie lo acompañara, excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago, fue a casa del jefe de la sinagoga.

Allí vio un gran alboroto, y gente que lloraba y gritaba. Al entrar, les dijo: «¿Por qué se alborotan y lloran? La niña no está muerta, sino que duerme». Y se burlaban de él.

Pero Jesús hizo salir a todos, y tomando consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que venían con él, entró donde ella estaba. La tomó de la mano y le dijo: «Talitá kum», que significa: «¡Niña, yo te lo ordeno, levántate!» En seguida la niña, que ya tenía doce años, se levantó y comenzó a caminar. Ellos, entonces, se llenaron de asombro, y él les mandó insistentemente que nadie se enterara de lo sucedido. Después dijo que le dieran de comer.

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion Domingo XIII Tiempo Ordinario (B)

Entrada:

El día del Señor es el domingo y en él nos reunimos para participar del Santo Sacrificio de la Misa y comulgar el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Eucaristía es lo que da sentido a nuestra vida y lo que da fuerza a nuestro peregrinar en esta tierra. Participemos de esta Misa de una manera digna, atenta y devota.

Primera Lectura:

Sab 1,13-15; 2,23-24

Dios creó al hombre para la incorruptibilidad. La muerte entró por la envidia del demonio.

Segunda Lectura:

2 Co 8,7.9.13-15

San Pablo exhorta a ser generosos a imitación de Cristo, quien siendo rico se hizo pobre por nosotros.

Evangelio:*Mc 5,21-43*

En el evangelio de hoy vemos cómo Jesús cura a la mujer hemorroísa y resucita a la hija de Jairo.

Preces:

Pidamos hermanos, al Dios de la Vida, para que nos asista en nuestras necesidades.

A cada intención respondemos cantando:

* Por la Santa Iglesia, para que como Esposa fiel guarde siempre la Palabra del Señor y sepa comunicarla a todos los hombres con toda paciencia y doctrina. Oremos.

* Por la conversión de los que gobiernan las naciones, para que trabajen eficazmente por defender y promover el bien verdadero de los que les han sido confiados. Oremos.

* Por las familias cristianas y por los educadores de nuestra Patria, para que sepan defender los valores cristianos y transmitan a las nuevas generaciones las verdades del Evangelio. Oremos.

* Por Argentina, para que no se apruebe la ley del aborto que se votará el próximo 8 de agosto en la Cámara de Senadores. Oremos.

* Por cuantos nos reunimos hoy para celebrar esta Eucaristía, para que la fe en Cristo nos haga valientes y capaces de testimoniarlo, siendo nuestra vida un reflejo permanente de su Amor. Oremos.

Señor, que nos levantas y nos haces vivir, ten piedad de todos nosotros y enséñanos a confiar en tu poder. Por Jesucristo nuestro Señor.

Ofertorio:

Jesucristo es el Dios de la vida, el Dios que nos resucitará. Su sacrificio es garantía de esta esperanza nuestra; a él nos unimos, y presentamos:

* **Flores** a María Santísima, para honrar con ellas todas las maravillas que Dios hizo en su servidora.

* **Pan y vino** y el deseo de conformarnos a la muerte de Cristo para experimentar el poder de su resurrección.

Comunión:

¡Señor, que también a nosotros, nos tomes de la mano, nos levantes del lecho de nuestros pecados y nos hagas caminar! Y cuando caminemos, manda que nos den de comer tu sacrosanto Cuerpo.

Salida

Jesús es la resurrección y la vida. En la Eucaristía que acabamos de celebrar nos hemos llenado de la vida de Jesús. Ahora vayamos al mundo para dar testimonio ante los hombres de que la vida triunfa sobre la muerte.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Decimotercer domingo del Tiempo Ordinario (B)

CEC 548-549, 646, 994: Cristo resucita a los difuntos
CEC 1009-1014: la muerte es transformada por Cristo
CEC 1042-1050: la esperanza de los cielos nuevos y de la tierra nueva

548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser "ocasión de escándalo" (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. Lc 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

646 La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naim, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena "ordinaria". En cierto momento, volverán a morir. La resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial" (cf. 1 Co 15, 35-50).

994 Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en él. (cf. Jn 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. Jn 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. Mc 5, 21-42; Lc 7, 11-17; Jn 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, Él habla como del "signo de Jonás" (Mt 12, 39), del signo del Templo (cf. Jn 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. Mc 10, 34).

1009 La muerte fue transformada por Cristo. Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de su angustia frente a ella (cf. Mc 14, 33-34; Hb 5, 7-8), la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (cf. Rm 5, 19-21).

El sentido de la muerte cristiana

1010 Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. "Para mí, la vida es Cristo y morir una ganancia" (Flp 1, 21). "Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él" (2 Tm 2, 11). La novedad esencial de la muerte cristiana está ahí: por el Bautismo, el cristiano está ya

sacramentalmente "muerto con Cristo", para vivir una vida nueva; y si morimos en la gracia de Cristo, la muerte física consuma este "morir con Cristo" y perfecciona así nuestra incorporación a El en su acto redentor:

Para mí es mejor morir en (eis) Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a El, que ha muerto por nosotros; lo quiero a El, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima ...Dejadme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre (San Ignacio de Antioquía, Rom. 6, 1-2).

1011 En la muerte Dios llama al hombre hacia Sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de San Pablo: "Deseo partir y estar con Cristo" (Flp 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo (cf. Lc 23, 46):

Mi deseo terreno ha desaparecido; ... hay en mí un agua viva que murmura y que dice desde dentro de mí "Ven al Padre" (San Ignacio de Antioquía, Rom. 7, 2).

Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir (Santa Teresa de Jesús, vida 1).

Yo no muero, entro en la vida (Santa Teresa del Niño Jesús, verba).

1012 La visión cristiana de la muerte (cf. 1 Ts 4, 13-14) se expresa de modo privilegiado en la liturgia de la Iglesia:

La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo.(MR, Prefacio de difuntos).

1013 La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin "el único curso de nuestra vida terrena" (LG 48), ya no volveremos a otras vidas terrenas. "Está establecido que los hombres mueran una sola vez" (Hb 9, 27). No hay "reencarnación" después de la muerte.

1014 La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte ("De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor": antiguas *Letanías de los santos*), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros "en la hora de nuestra muerte" (Ave María), y a confiarnos a San José, Patrono de la buena muerte:

Habrías de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana? (Imitación de Cristo 1, 23, 1).

Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
(San Francisco de Asís, cant.)

VI LA ESPERANZA DE LOS CIELOS NUEVOS Y DE LA TIERRA NUEVA

1042 Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado:

La Iglesia ... sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo...cuando llegue el tiempo de la restauración universal y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo (LG 48)

1043 La Sagrada Escritura llama "cielos nuevos y tierra nueva" a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1). Esta será la realización definitiva del designio de Dios de "hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef 1, 10).

1044 En este "universo nuevo" (Ap 21, 5), la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los hombres. "Y enjugará toda lágrima de su ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado" (Ap 21, 4;cf. 21, 27).

1045 Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era "como el sacramento" (LG 1). Los que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la Ciudad Santa de Dios (Ap 21, 2), "la Esposa del Cordero" (Ap 21, 9). Ya no será herida por el pecado, las manchas (cf. Ap 21, 27), el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua.

1046 En cuanto al cosmos, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre:

Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios ... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción ... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo (Rm 8, 19-23).

1047 Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, "a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos", participando en su glorificación en Jesucristo resucitado (San Ireneo, haer. 5, 32, 1).

1048 "Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres"(GS 39, 1).

1049 "No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios" (GS 39, 2).

1050 "Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal" (GS 39, 3; cf. LG 2). Dios será entonces "todo en todos" (1 Co 15, 22), en la vida eterna:

La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por el Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia, nosotros también, hombres, hemos recibido la promesa indefectible de la vida eterna (San Cirilo de Jerusalén, catech. ill. 18, 29).

2. EXÉGESIS

Rudolf Schnackenburg

Curación de la hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo

21 Cuando Jesús cruzó de nuevo en la barca hasta la orilla, se reunió una gran multitud a su alrededor; él permanecía junto al mar. 22 Entonces viene uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, se echa a sus pies 23 y le suplica con mucha insistencia: «Mi hijita se está muriendo; ven a imponer tus manos sobre ella, para que sane y viva.» 24 Jesús se fue con él. Y gran cantidad de pueblo le acompañaba, apretujándolo por todas partes. 25 En esto, una mujer que padecía flujo de sangre hacía doce años, 26 que había sufrido mucho por causa de muchos médicos, y que había gastado toda su fortuna sin conseguir ninguna mejoría, sino que más bien iba de mal en peor, 27 habiendo oído las cosas que se decían de Jesús, se acercó entre la turba por detrás y tocó su manto; 28 pues decía para sí: «Como logre tocar siquiera sus vestidos, quedaré curada.» 29 Al instante aquella fuente de sangre se le secó, y notó en sí misma que estaba curada de su enfermedad. 30 Pero Jesús, notando en seguida la fuerza que de él había salido, se volvió en medio de la muchedumbre, y preguntaba: «¿Quién me ha tocado los vestidos?» 31 Sus discípulos le decían: «Ves que la multitud te apretuja, y preguntas ¿quién me ha tocado?» 32 Pero él miraba a su alrededor, para ver a la que había hecho esto. 33 Entonces la mujer, toda azorada y temblorosa, pues bien sabía lo que le había sucedido, vino a echarse a sus pies y le declaró toda la verdad. 34 Pero él le dijo: «Hija mía, tu fe te ha salvado; vete en paz, y queda ya curada de tu enfermedad.»

Después de la escena en el retiro de la orilla oriental, se encuentra Jesús de nuevo en la bien poblada orilla occidental. Inmediatamente se agolpa una gran muchedumbre alrededor de él. La aglomeración popular es un trazo constante en la exposición de Marcos (3,7 ss; 4,1); pero aquí tiene importancia para el relato que sigue. En seguida Jairo -«Dios ilumina» o «Dios resucita», aunque no se trata de un nombre simbólico- sale al encuentro de Jesús y le suplica de rodillas que salve a su hija. Según el v. 42 la muchacha tenía doce años. La imposición de manos era un antiguo gesto para la curación de un enfermo, pues originariamente se pensaba que la fuerza vivificante tenía que descender sobre el enfermo. Por ello se llamaba gustosamente a los ancianos o piadosos junto al lecho del enfermo (cf. Stg 5:14). La muchacha está ya agonizando -según Mateo y Lucas acababa de morir- y es necesaria la mayor prisa. Para el propósito del evangelista tiene gran importancia la expresión del padre: «para que sane y viva». El verbo griego correspondiente a «sanar» puede entenderse, como entre nosotros, de la salud corporal y de la salvación eterna. Por la respuesta de Jesús a la hemorroísa: «Tu fe te ha salvado», los lectores cristianos pueden deducir con toda seguridad también este sentido más profundo. Originariamente la súplica de aquel padre no se refería a esto; la palabra siguiente «y viva» muestra que al hombre le preocupaba sobre todo la vida corporal de su hija. Para el hebreo la vida como tal significa felicidad y salud; el poder de la muerte roza al hombre ya en la enfermedad, le domina con el fallecimiento corporal y con la tumba le hunde en el reino de los muertos. En cuanto sana enfermedades, Jesús es ya un donante de vida, y si resucita a una muerta no hace más que llevar al límite extremo esa donación de vida. Aquí ya no estamos lejos de las ideas joánicas, según las cuales Jesús se manifiesta como «dador de vida» en un sentido sublime cuando llama a la vida a un enfermo de muerte (Jn.4,46-54), a un hombre que lleva enfermo mucho tiempo (Jn.5,1-9) o a uno que yace ya en la tumba (Jn., c. 11). En la «curación» o «resurrección» está indicado simbólicamente el don de la vida perdurable. Esta idea no ha madurado todavía en Marcos, pero ya está contenida en germen.

La aglomeración del pueblo, que quiere acompañar a Jesús hasta la casa del jefe de la sinagoga, constituye el prelude del episodio siguiente. Una mujer, que sufre ya doce años un flujo de sangre,

probablemente en relación con la menstruación, aprovecha la ocasión para sacar partido de la fuerza sanadora de Jesús. Una mujer menstruante o que padece hemorragia no sólo es impura ella misma, sino que hace también levíticamente impuros a los otros por el simple contacto (cf. Lev 15:25 ss). Pero la narración no tiene en cuenta este aspecto. Cuando la mujer confiesa su acto temerosa y confusa, su temor no se debe tanto a haber tocado a Jesús de un modo prohibido sino secreto, del que en su opinión ha emanado una cierta virtud que la ha sanado. (...)

Esta atribulada hemorroisa constituye con su fe sencilla un modelo de cómo hay que acercarse a Jesús con una confianza de niños para alcanzar la salud y llegar a la fe plena que es prenda de la verdadera salvación. La palabra del Señor a la mujer ya curada corrige discretamente su concepción insuficiente: sólo su fe le ha proporcionado la salud, no como fe que opera los milagros de un modo mágico, sino como confianza creyente que Dios recompensa. Sobre la base de su fe, Jesús confirma a la mujer su «curación», que deja entrever la salvación de todo el hombre. Jesús le infunde consuelo y confianza -«vete en paz»- y le asegura su curación permanente; palabras que proclaman la bondad y voluntad salvadora de Dios. (...). Pero la historia no termina ahí sino que culmina en las palabras finales, dirigidas a la mujer: «Hija, tu fe te ha salvado...» Hay aquí una vez más, como en el apaciguamiento de la tempestad, una exhortación apremiante a la fe. La fe de aquella mujer del pueblo es, con toda la ingenuidad de la fuerza primitiva de la confianza, una réplica positiva al apocamiento de los discípulos en la tempestad del lago. Sería erróneo considerar la fe de la mujer como puramente sentimental, irracional y hasta absurda. «Había oído las cosas que se decían de Jesús» y seguramente que también había meditado sobre su persona.(...) . El claro conocimiento de la fe, que para la mujer permanecía cerrado en aquella hora, se le abrirá más tarde a la comunidad: Jesús dispone de los poderes divinos, que en él están presentes y operantes. A quienes le «tocan» con fe les concede la salud y la salvación.

35 Todavía estaba él hablando, cuando llegan unos de casa del jefe de la sinagoga para avisar a éste: «Tu hija ha muerto. ¿Para qué seguir molestando al maestro?» 36 Pero Jesús, que había oído las palabras que aquéllos hablaron, dice al jefe de la sinagoga: «No temas; sólo ten fe.» 37 Y no permitió que nadie lo acompañara, fuera de Pedro, de Santiago y de Juan, el hermano de Santiago. 38 Llegan a la casa del jefe de la sinagoga y ve Jesús el alboroto de las gentes que lloraban y se lamentaban a voz en grito. 39 Entra y les dice: «¿A qué viene ese alboroto y esos llantos? La niña no ha muerto, sino que está durmiendo.» 40 Y se burlaban de él. Pero él, echando a todos fuera, toma consigo al padre y a la madre de la niña y a los que habían ido con él, y entra a donde estaba la niña. 41 Y tomando la mano de la niña, le dice: «¡Talithá qum!», que significa: «¡Niña, yo te lo mando, levántate!» 42 Inmediatamente, la niña se puso en pie y echó a andar, pues tenía ya doce años. Y al punto quedaron maravillados con enorme estupor. 43 Pero él les recomendó encarecidamente que nadie lo viniera a saber; y dijo que dieran de comer a la niña.

La nueva escena viene introducida con la noticia de que, entre tanto, la hija del príncipe de la sinagoga había muerto. No era intención del padre llamar a Jesús para que despertase a una muerta y también los emisarios quieren disuadirle de semejante idea. Este detalle del relato, lo mismo que el griterío y los lamentos fúnebres en la casa mortuoria y la burla por la observación de Jesús de que la muchacha no está muerta sino dormida, no deben dejar ninguna duda de que la muerte había tenido lugar. Mas Jesús no retrocede ni ante la misma muerte. Escucha la noticia y anima al padre: No temas, sólo ten fe. De este modo se continúa también aquí el tema de la fe: la fe auténtica no capitula ni siquiera ante el poder de la muerte.

Para la inteligencia de la escena en la casa mortuoria es importante el que Jesús quiera evitar todo relumbrón manteniendo únicamente la fe en el milagro. Toma consigo, sin embargo, a algunos testigos cualificados: a los tres discípulos que después presenciarán también su transfiguración en el monte (9,2) y su agonía en Getsemaní (14,33s). Después de la resurrección (cf. 9,9) podrán referir el hecho y entonces la devolución a la vida de la muchacha aparecerá bajo una nueva luz. Para entonces Jesús habrá entrado ya en el mundo celestial de la gloria y habrá superado el poder de la muerte que él mismo había experimentado con todos sus terrores. Aunque no se expresan estas ideas, sin duda que debieron exponérselas a los lectores cristianos los tres discípulos que Jesús tomó consigo en aquella ocasión. El alejamiento de las plañideras y tocadores de flautas -costumbres funerarias judías- no sólo tiene por finalidad la realización del milagro en el

silencio y la intimidad. Jesús sabe lo que va a ocurrir, y por ello no tiene sentido la lamentación fúnebre. En esa dirección apunta su enigmática palabra: «La niña no ha muerto, sino que está durmiendo». La opinión expresada a veces de que la muchacha estuviera de hecho sólo aparentemente muerta, no tiene sentido alguno. Lo único que Jesús quiere indicar es que esta muerte es sólo un fenómeno transitorio como el sueño. Para los lectores creyentes la palabra se convierte en una revelación: a la luz de la fe la muerte no es más que un sueño del que el poder de Dios puede despertar. La Iglesia primitiva conserva este viejo modo de hablar refiriéndose a «los que duermen» (Hec 7:60; Hec 13:36; 1Co 7:39; 1Co 11:30, etc.), y espera la resurrección futura de los muertos (Véase 1Ts 4.13-16; 1Co 15:20 s.51s.). La resurrección de la hija de Jairo no significa que participe ya de antemano en la resurrección futura; sino que vuelve transitoriamente a la vida terrena. Este retorno a la vida es sólo como un signo, como lo es la resurrección de Lázaro en el Evangelio de Juan -aunque vinculada más estrechamente a Cristo- de que Jesús es «la resurrección y la vida» (Jua 11:25).

La resurrección de la muchacha acontece de un modo parecido a como vienen descritas las otras curaciones operadas por Jesús. Toma a la muchacha de la mano; pero queda excluida cualquier representación mágica, pues Jesús devuelve la vida a los muertos mediante su palabra soberana. La palabra se conserva todavía en arameo y es una palabra clara, no una fórmula de encantamiento: «¡Levántate!» El efecto se sigue inmediatamente diferenciándose así esta resurrección de las que realizaron Elías (1Re 17:17-24) y Eliseo (2Re 4:29-37). La muchacha puede andar de un lado para otro, indicio de que le han vuelto las fuerzas vitales. La orden de Jesús de que le den de comer puede significar ciertamente que la muchacha -al igual que la mujer del flujo de sangre- está curada por completo y así continuará. El asombro más grande invade a los presentes. (...) Jesús, no obstante, ordena severamente a los testigos del suceso que no lo cuenten a nadie. Esta orden de silencio se suma a las que hemos escuchado anteriormente (Mc.1,34.44; 3,12). En aquella situación no tenía sentido, pues todos estaban convencidos de la muerte de la muchacha y su retorno a la vida debió impresionarles al máximo. Pero el evangelista quiere indicar otra cosa: el deseo de Jesús de ocultar su misterio a los incrédulos. También los creyentes deben saber que entonces no era todavía la hora de comprender el misterio del Hijo de Dios. Será después de la resurrección personal de Jesús cuando este relato les revele y confirme el poder de Jesús, que vence a la muerte. Entonces se les trocará también a ellos en robustecimiento de su fe y en consuelo, puesto que el Señor puede decir a todos en presencia de la muerte: «No temas, sólo ten fe.»

(SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

P. Leonardo Castellani

Dos milagros de Cristo para despertar la fe

(*Mc 5, 21-43*)

El evangelio de hoy narra dos milagros enchufados, el de la Hemorroísa y el de la Hija de Jairos, que son interesantes para reflexionar –entre otras cosas– sobre *la física del milagro*; porque están ornados de varias circunstancias sorprendentes. Mateo cuenta el hecho en un resumen seco y Lucas con varios pormenores nuevos; pero Marcos, el *meturgemán* de San Pedro, hace un relato movido y vívido de testigo presencial, donde creería uno oír la misma voz de Pedro, que fue de él no solamente espectador, sino en cierto modo actor. En efecto, Pedro pone las dos palabras mágicas de Cristo en arameo “*Talitha koum (i)*” (“Niña, despierta, te digo”); además, Pedro llama a Juan “hermano de Jácome”; seguramente fue él (Pedro) quien respondió a Jesús: “¿Cómo preguntas quién te ha tocado si la turba te está atropellando y pechando?”; y es él quien fue introducido con los dos hermanos Zebedeo y los dos padres al dormitorio de la finadita a presenciar el milagro: “cinco medio-hombres”, dice San Agustín; porque el dolor y el temor los tenían allí en suspenso y como alelados.

Un milagro depende de la voluntad del taumaturgo y de la fe del que lo recibe; y aparentemente está sometido a ciertas leyes que desconocemos: son conocidas las circunstancias en que se producen los milagros de Lourdes. Naturalmente, Dios no tiene leyes; pero evidentemente también si quiere hacer un hecho propio suyo, que lo señale a Él, no necesita descompagnar la creación con una especie de alcaldada o acto de violencia, sino manejar las naturas de las cosas que Él ha hecho, y que Él únicamente conoce hasta el fino fondo. Dios está dentro de las cosas y de sus leyes y no fuera de ellas. Aquí está el error de los que niegan el milagro, como Le Dantec, alegando que Dios no puede destruir las leyes naturales: puesto que no necesita destruirlas. Aquí también está el error de los que, viendo una cierta uniformidad en el modo en que ocurren los milagros, sostienen que no son milagros, sino efectos de leyes naturales que todavía desconocemos; como Beresford y los modernistas en general.

J. D. Beresford, arquitecto y gran escritor inglés, ha encarnado la doctrina modernista de la “fe-que-cura” (“*the healing faith*”) en su novela *The Hampdenshire Wonder* y en otros libros. Trata de desarmar el mecanismo del milagro, atribuyéndolo a la voluntad humana exaltada e inflamada por la fe y el amor; aunque la “Fe” de que habla no es la fe sobrenatural sino una especie de confianza ciega y frenética; y el “Amor” no es el amor de Dios sino el amor humano. Dice con razón que debe haber un lazo genético entre el espíritu y la materia, la cual del espíritu procede; y por tanto, todo lo que hace falta es que el espíritu, en un momento de exaltación *pasional* —y aquí es donde yerra— recupere por un momento ese lazo e influjo escondido; pero sabemos que ese influjo escondido no está en manos del hombre, sino sólo del Creador, y a lo más, del ángel. La teoría es muy bonita, y la novela está bien hecha; pero con todo lo que sabe, Beresford no ha podido jamás resucitar un muerto, ni siquiera curar un dolor de muelas. Eso sí, ha ganado fama y dinero con sus novelas agradablemente religiosas en los medios protestantes. Esta misma teoría la enseña una secta protestante, muy poderosa en Norteamérica, que se llama la *Cristian Science*.

Cristo exigía la fe a sus milagros; y a veces el milagro dependía del grado o existencia de esa fe; pero no exigía fe a los muertos que resucitó. La fe, pues, es causa (concausa) del milagro; pero no es *causa física* de él —como yerra Beresford— sino *causa moral*: en el sentido de que Cristo se interesaba en sus milagros sólo en cuanto eran *medios* de llevar a los hombres a la conversión interior, y a creer en Él y en sus tremendas palabras. De ahí viene la curiosa circunstancia —en este milagro tan acusada— de la prohibición de contarlos, que impartía a sus favorecidos. “Eché a todos fuera, menos a los padres... y les mandó enérgicamente que no dijeran nada...”¹. ¿Para qué, si como nota Mateo, en seguida lo supieron todos? Pues simplemente para no fomentar en el pueblo la angurria de milagros: que no pusiesen el milagro delante de la predicación; y no convirtiesen al Mesías en un Supercurandero, así como querían convertirlo los fariseos en un Superdictador o un Superpolítico nacionalista.

Lo primero que le interesa a Cristo es la predicación del Evangelio: hasta el milagro viene después de eso. Aquí en Buenos Aires me parece ver —y ojalá me equivoque— un fenómeno monstruoso: el único lazo religioso que une a los fieles con la jerarquía y da a la jerarquía su razón de ser, que es la predicación, no existe; o digamos, más moderadamente, como si no existiera.

“Id y enseñad a todas las gentes.” En las parroquias no se enseña nada, ni en las “cátedras” de las Catedrales. ¿Qué es una gran parroquia de Buenos Aires? Ciertamente no es una parroquia medioeval, un núcleo de gente unida por la fe, que se conoce, conoce al Pastor y es conocida por él: “mis ovejas me conocen y yo las conozco”, dice Cristo. Hablando breve y mal, una parroquia de Buenos Aires es un gran edificio donde concurren masas desconocidas a comprar “sacramentos” que para muchos, que no tienen fe sobrenatural sino simple superstición —justamente por falta de enseñanza—, no son sacramentos, sino ceremonias mágicas. Hay excepciones. Hablo en general.

¹El texto griego dice: “*parengeilen, diestélato*” (“les gritó, les bramó que no lo contaran”).

El único lazo unitivo que quedaría para formar mal que bien una *verdadera comunidad religiosa* sería la predicación del Evangelio; y no se predica el Evangelio. Yo he recorrido las principales parroquias de Buenos Aires, he oído a los principales “oradores” y sé que no se predica el Evangelio, no se enseña la fe.

Si San Pedro y San Pablo volviesen al mundo, esto es lo que dirían. Pero dejen no más, ya volverán Enoch y Elías.

A todo esto, por meterme a criticón, no he contado el milagro de la rusita Jairós, tan repicado por los tres Evangelistas Sinópticos.

Jesús estaba “cerca del mar”, es decir, en la playa de Cafarnaúm. Vino un archisinagogo, se echó a sus pies y lloró; y cuando un fariseo llora, ya no es fariseo. Y le “suplicaba grandemente” que fuese a su casa y pusiese sus manos sobre la cabeza de su hija única para que viva, “porque está en las últimas”. Jesús se puso en camino sin decir palabra; mas si el eclesiástico hubiese tenido la fe del Centurión Romano y hubiese dicho: “Rabbí, no es necesario que te molestes haciendo este camino: tú puedes curarla desde aquí con una sólo palabra” se hubiese ahorrado un gran disgusto y susto.

Más fe tuvo la Hemorroisa. Jesús caminaba como llevado en andas por una turbamulta. De repente se detuvo y preguntó: “¿Quién me ha tocado?”. Los Discípulos –Pedro sin duda– le dijeron que esa pregunta era chusca: muchísima gente lo tocaba. “No, porque yo he sentido salir virtud de mí”, y miró alrededor. Entonces una mujer se adelantó, se postró delante, y “confesó”, dice Pedro-Marcos: contó todo.

Sufría de hemorragias doce años hacía. Había gastado toda su fortuna en médicos, la habían hecho sufrir mucho y la habían dejado peor. San Lucas, que fue médico, omite este detalle, pero Marcos lo particulariza casi con ferocidad: “Había visto muchos médicos, la habían atormentado, y dejado peor que antes.” También, los médicos de aquel tiempo no se andaban en chiquitas. Los libros judíos (el *Talmud*) de aquel tiempo, nos dejan conocer algunas recetas; para curar el flujo de sangre, por ejemplo: sentarse en una encrucijada teniendo en la mano un vaso de vino nuevo; el médico venía por detrás en puntillas y le daba un gran grito para asustar al flujo de sangre; si el vino no se derramaba, el flujo se debía sanar; el médico ya estaba pagado, de modo que si no se sanaba, la culpa era de la enferma. Otro remedio era buscar granos de avena en la bosta de un mulo blanco; comiendo uno, el flujo debía cesar por dos días; comiendo dos, por tres días; y comiendo uno durante tres días, debía cesar para siempre. Otro remedio y éste decisivo: azotarse los muslos con ortigas a la media noche un día sí y otro no durante un mes de Kislew –que corresponde a nuestro noviembre-diciembre– y la enfermedad debía desaparecer; pero no desapareció. Otros remedios que seguían, hacían desaparecer las ganas de sanarse. La medicina era ejercida por los Escribas, y consistía en un poco de empirismo y mucha superstición. En la *Mishna* (*Talmud*) existe esta sentencia: “El mejor de los médicos merece el infierno.”

“Hija, tu fe te ha curado, vete en paz y sé sana de tu plaga.” La tradición retiene que la mujer favorecida se llamaba “*Ber-niké*” o Verónica, y fue la misma que en la Vía Dolorosa enjugó con un lienzo el rostro de su Salvador caído –y allí había también flujo de sangre– el cual quedó estampado en él. Ésta había pensado entre sí: “si llego solamente a tocar la orla de su vestido, seré salva”. El pudor la cohibía de exponer su enfermedad delante de todos; y sentía altamente del *Rabbí* de Nazareth.

Estaba aún hablando con ella, cuando llegó mensaje al dignatario sinagoga de que su hija había muerto. Jesús interrumpió: “No temas, cree solamente.” Cuando llegó estaban preparando el entierro y estaban allí las Lloronas y los Ululantes, según esa costumbre oriental que se conserva todavía en lugares de Suditalia y yo he visto en el Andalucía: llorar, gemir y hacer largos y sollozantes monólogos elegiacos; costumbre que tiene una raíz psicológica y aun higiénica, pues el dolor interno se temple y se encauza por medio de su manifestación externa, así como todas las emociones por medio de su expresión cuerdamente graduada; como atestigua la famosa teoría de “la purificación por la tragedia”, de Aristóteles. Esta ceremonia de los llantos teatrales, ridícula

para nosotros los “civilizados”, tiene por fin hacer salir la pena para fuera y que no se vaya para adentro y dañe.²

Cristo paró el tumulto gritando: “¿Por qué lloráis y alborotáis? No esta muerta la niña, duerme.” Para Cristo la muerte es un sueño (“Lázaro duerme”), y eso ha de ser para el cristiano... Se burlaron de Él.

Hizo salir a todos y tomando de la mano a la niña, la “despertó”.

Se despierta al que duerme, no se despierta al que está muerto. Pero ésa es la locura del amor, que no quiere creer que haya cadáveres. “No está muerta la niña: duerme.” Había allí siete hombres, es decir: cinco medio hombres, uno que ya no era hombre, y uno que era más que hombre... –estas son florituras de San Agustín–. La niña comenzó a caminar y los presentes “quedaron estupendamente estupefactos”. Mandó que le diesen de comer, y ordenó “vehementemente” que no lo contaran a nadie.

Tenía doce años. La leyenda ha querido también seguir los pasos de la niña resucitada. Se casó poco después y de sus hijos naturalmente uno fue obispo, otro fue sacerdote y otro centurión romano; todos mártires. Eso ya no lo sabemos cierto; pero es muy probable que de su estada en el más allá sólo conservó el recuerdo borroso de un sueño, lo mismo que Lázaro; porque de otro modo, no sería fácil seguir viviendo.

¿Por qué hizo salir a todos antes de obrar el portento? Primero, porque se habían reído de Él y no merecían verlo. Segundo y principal, por la razón antes dicha, de que Cristo no quería hacer espectáculos sino crear fe. Hoy día hay gente que piensa que hay que hacer espectáculos clamorosos y multitudinosos para crear la fe. Ojalá que les vaya bien con su sistema, pero me parece que eso más que fe es política. Bueno, ojalá que les vaya bien con su política. Pero hasta ahora no lo hemos visto. La fe es interior, la fe no ama los alborotos, la fe no hace aspavientos, la fe se nutre en el silencio: ella es callada y operosa, es sosegada, es modesta, es fecunda, es más amiga de las obras que de las palabras, es fuerte, es aguantadora, es discreta. Es pudorosa. Los hombres profundamente religiosos no ostentan su religiosidad, como los Don Juan Tenorio de la religión, porque todo amor profundo es ruboroso; lo cual no impide que reconozcan a Cristo ante los hombres cuando es necesario.

(CASTELLANI, L., *El Evangelio de Jesucristo*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1977, p. 376-382)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

Curación de la hemorroísa

(Mt 9,18-22).

1... la Iglesia de Dios, la Iglesia santa, cuya Cabeza es él. Si él es la Cabeza, nosotros somos el cuerpo; pero sólo si somos tales que soportamos la opresión de la muchedumbre y no la causamos al Señor. Grande es la multitud que confluye a la Iglesia extendida por toda la tierra; creen todos los pueblos. Pero, entre ellos, una parte oprime, otra es oprimida; la parte que es oprimida, tolera; la que tolera, recibirá la recompensa logrando el fruto de la tolerancia; de ella dice el Señor en el Evangelio: Dará fruto con la tolerancia. Tal es la parte de los santos, difundida por doquier, porque es trigo y convenía que el trigo fuera sembrado en todo el campo, es decir, en todo el mundo. El Señor dijo que el campo era el mundo. Todos sus fieles, los que se acercan a Dios con el corazón, no con los labios, dice que son trigo. En cambio, a los que se acercan, pero no con el corazón,

² El docto presbítero doctor Enrique M. Villaamil, de Gualeguay, Entre Ríos, me comunica –junto con otras observaciones justas– que en algunos rincones de Corrientes se conserva aún la costumbre de las lloronas en los velatorios.

los cuenta entre la paja y la cizaña. En todo el campo y en toda la era hay una cosa y otra: trigo y paja. La parte de la paja es mayor, y la del trigo menor, pero más sólida; menor, pero más pesada; menor, pero de más valor. Por ella se trabaja, por ella se toman precauciones. A ella se le prepara el hórreo, no el fuego. Que nadie sin más, por tanto, se felicite por el hecho de entrar al interior de estas paredes; examine su intención, interrogué su corazón; sea para sí mismo un juez severísimo para experimentar la misericordia del Padre; no se halague, no tenga consideración con su propia persona, siéntese en el tribunal de su mente, muestre a su conciencia los temores como verdugos, confiese ante Dios qué cosa es: si se ve como trigo, sea oprimido, triturado, aguante, no se preocupe de hallarse mezclado con la paja. Puede ser que esté con él en la era, en el hórreo no estará.

2. Por lo que hemos dicho, hermanos amadísimos, seamos miembros de aquella de quien tal mujer era figura. Espera vuestra caridad que os diga de quién era figura. Decimos que era figura de la Iglesia que procede de los gentiles, pues el Señor iba a resucitar a la hija del jefe de la sinagoga. La hija del jefe de la sinagoga significa al pueblo judío. El Señor no vino más que al pueblo judío, según dijo: No he sido enviado más que a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Vino él como a la hija del jefe de la sinagoga. Entonces, viniendo de no sé dónde, se interpuso aquella mujer, desconocida, porque ignoraba, y tocó al Señor con fe diciendo: Si tocare la orla de su vestido, quedaré sana. La tocó y fue sanada. Sufría una enfermedad detestable: flujo de sangre. Todos aborrecen tanto el oír como el padecer esto. Aborrecen el flujo de sangre en el cuerpo; no lo sufran, por tanto, en el corazón. Esa enfermedad ha de evitarse con mayor motivo en el corazón. Ignoro de qué manera se alejó de ella la maldad del alma, pasando a la morada que habita. El señor, es decir, el alma, quiere que se cure su flujo corporal, o sea, su cuerpo, y no prefiere que sea curado quien habita la casa, es decir, ella misma. ¿Quién saca provecho de una casa de mármol y artesonados si el padre de familia no está sano? ¿Qué he dicho? ¿Qué aprovecha un cuerpo sano e incólume donde enferma el alma, que es quien habita el cuerpo? Traspasado al alma, el flujo de sangre es la lujuria. Como los avaros son semejantes a los hidrónicos—tienen ansias de beber—, así los lujuriosos son semejantes al flujo de sangre. Los avaros, en efecto, se fatigan apeteciendo; los lujuriosos, gastando. Allí hay apetito, aquí flujo; pero ambas cosas matan. Es necesario tener al médico que vino a sanar las enfermedades de las almas. Por esto mismo quiso sanar las enfermedades corporales: para manifestarse como salvador del alma, porque de ambas cosas es creador. En efecto, él es creador del alma tanto como del cuerpo. Él quiso, por tanto, llamar la atención del alma para que sanase interiormente. Por este motivo curó el cuerpo: en el cuerpo se significaba el alma, de manera que lo que ésta veía que Jesús obraba exteriormente, había de desear que lo obrase interiormente. ¿Cuál fue la obra de Dios? Curó el flujo de sangre, curó al leproso, curó al paralítico. Todas éstas son enfermedades del alma. La cojera y la ceguera: pues todo el que no camina de forma recta por el camino de la vida, cojea. Es ciego asimismo quien no se confía a Dios. El lujurioso padece flujo de sangre, y todo el que es inconstante y mendaz tiene manchas de lepra. Es necesario que le sane por dentro aquel que sanó exteriormente, para que se desee la sanación interior.

3. Esta mujer, pues, padecía flujo de sangre y quedó curada de la enfermedad carnal por la que perdía todas sus fuerzas. Del mismo modo el alma, buscando los deseos carnales, gasta todas sus energías. Esta mujer consumió en médicos todos sus haberes—así está escrito de ella—. Del mismo modo, la desdichada Iglesia de los gentiles, buscando la felicidad, buscando poseer más fuerzas o buscando la medicina, ¿cuánto no había gastado en médicos falsos: matemáticos, echadores de suertes, poseídos del espíritu maligno y adivinos de los templos? Todos prometen la salud, pero no pueden otorgarla. Ni ellos la tienen para poder darla. Había gastado todos sus bienes y no se había curado. Dijo para sí: «Tocaré su orla». La tocó y fue curada. Investiguemos qué es la orla del vestido. Esté atenta vuestra caridad. En el vestido del Señor están significados los Apóstoles adheridos a él. Averiguad qué Apóstol fue enviado a los gentiles. Hallaréis que el enviado fue el apóstol Pablo, pues la mayor parte de su actividad fue el apostolado de los gentiles. Por tanto, la orla del vestido es el apóstol Pablo, el enviado a los gentiles, porque él fue el último de los Apóstoles. ¿No es la orla del vestido lo último y lo más bajo? Una y otra cosa dice de sí mismo el Apóstol: Yo soy el último de los Apóstoles y yo soy el menor de los Apóstoles. Es el último, el menor. Tal es la orla del vestido. Y la Iglesia de los gentiles, al igual que la mujer que tocó la orla, padecía flujo de sangre. La tocó y quedó sana. Toquemos también nosotros, es decir, creamos, para poder ser sanados. Concluye el sermón sobre la mujer que padecía flujo de sangre.

SAN AGUSTÍN, *Sermones* (2º) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 63A, 1-3, BAC Madrid 1983,

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

Jesús es el ‘dador de vida’ (Mc 5,21-43)

Introducción

San Marcos fue el repetidor de Pedro. Esto significa que San Marcos repetía y, en muchos casos, traducía al griego lo que Pedro predicaba en arameo. Luego, con la autorización de Pedro, San Marcos publicó el evangelio escrito. El que afirma esto es Papías, quien fue discípulo de San Juan Evangelista y compañero de San Policarpo³.

Ésta es una de las claves para entender cómo fue la transmisión de los evangelios. Todo se asienta en el estilo oral de transmisión lingüística. Los Apóstoles memorizaron con la máxima fidelidad las palabras de Cristo y los hechos de su vida. Luego, los Apóstoles predicaban de viva voz; luego, sus repetidores (también llamados ‘recitadores’, ‘intérpretes’, o ‘traductores’) memorizaban con la misma máxima fidelidad sus palabras. Y finalmente, esas repeticiones fueron puestas por escrito⁴. De esta manera hay una garantía científica de que las ‘mismísimas palabras’ (*ipsissima verba*) de Jesús llegaron hasta nosotros⁵.

Pues bien, pocos trozos del evangelio de San Marcos tienen el fuerte *sabor* a Pedro que tiene la perícopa de hoy. En efecto, si bien los tres sinópticos narran la resurrección de la hija de Jairo, solamente Marcos reporta las palabras arameas que pronunció Jesús para resucitar a la niña: *talithá qum*⁶. Esa frase solo puede provenir de un testigo presencial del milagro. Y, dado que Marcos fue, con toda certeza, el repetidor de Pedro, no queda duda que esa información proviene del mismo Pedro, uno de los testigos presenciales del milagro. *Talithá qum*: esta frase, en el evangelio de hoy, es lo que podríamos llamar ‘el código de Pedro’. Es una verdadera clave, una verdadera palabra en código para que nos demos cuenta que el que narra este acontecimiento no es Marcos sino Pedro.

³ Cf. PAPIÁS, citado en EUSEBIO, *Historia Eclesiástica*, Migne, *Padres Griegos*, tomo XX, p. 552. Cf. también LEÒN-DUFOUR, X., *Los evangelios sinópticos*, en ROBERT, A. – FEUILLET, A., *Introducción a la Biblia*, Tomo II, Herder, Barcelona, 1967, p. 190.191.

⁴ El que demostró esta verdad de una manera científica e irrefutable a mediados del siglo XX, es Marcel Jousse, en sus estudios lingüísticos sobre la capacidad de memorización de los pueblos antiguos. Para una exposición sucinta, completa y sabrosa, ver CASTELLANI, L., *El Evangelio de Jesucristo*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1977, p. 53 – 63. Jean Carmignac confirma con sus estudios esta verdad, pues él descubrió que todos los evangelios tienen el arameo como lengua de origen; cf. CARMIGNAC, J., *La nascita dei Vangeli sinottici*, Edizioni Paoline, Milano, 1986. L. Castellani concluye: “Cicerón tenía tres esclavos taquígrafos que lo seguían a todas partes apuntando todo lo que decía, Cristo lanzó sus recitados al viento, aparentemente; en realidad los depositó en receptáculos vivientes más fieles que un taquígrafo. Varias obras escritas de Cicerón se han perdido; la Palabra ha permanecido” (CASTELLANI, L., *El Evangelio de Jesucristo*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1977, p. 19).

⁵ Si bien la Biblia entera tiene por autor principal al Espíritu Santo y eso debería bastarnos para aceptar la historicidad de cada una de sus partes, sin embargo, es un argumento importantísimo de credibilidad el saber de qué medios humanos se sirvió el Espíritu Santo para que la historia real y las palabras exactas llegaran hasta nosotros.

⁶ *Talithá*, es una palabra aramea en forma enfática que significa ‘niña’, ‘muchacha’. Para traducir la forma enfática al castellano es suficiente agregarle los signos de admiración. Tanto Tuggy como el ISBE Bible Dictionary hacen provenir la palabra aramea *talithá* de una palabra hebrea *taléh*, que significa ‘cordero tierno’, ‘cordero todavía lactante’. Según Zorell, la palabra hebrea *taléh* se convierte en el arameo y el siríaco en *talyá*, que puede significar tanto ‘cordero’ como ‘niño’. (En Chile se habla de las adolescentes como de ‘cabritas’). *Qum* es una flexión del verbo *qam*, que significa ‘levantarse’. *Qum* está en modo imperativo, segunda persona del singular (cf. LAMBDIN, T., *Introduction to biblical hebrew*, Darton, Longman and Todd, London, 1988⁸, p. 149), por lo tanto, significa: ‘Levántate’. La traducción literal de *talithá qum* sería, entonces: “¡Niña! ¡Levántate!”. San Marcos traduce agregándole el ‘yo te lo digo’ para intensificar el modo imperativo.

1. Los milagros de Jesús revelan su divinidad

1.a Los milagros de Jesús en general

Digámoslo de una manera muy clara: la finalidad principal de los milagros de Jesús no es la de hacer una obra de misericordia corporal. La finalidad principal de los milagros de Jesús es mostrar su identidad, es decir, hacer ver que Él es Dios.

Es notable que San Juan llama ‘signos’ (*seméion*) a los milagros de Jesús, y esto es así porque están ordenados a mostrar la divinidad de Jesús. El signo no tiene una finalidad en sí mismo, sino que está ordenado a ‘significar’ otra cosa. Los milagros, en San Juan, significan la divinidad de Jesús. El primer significado del signo en el evangelio de San Juan, es decir, del milagro es mostrar la gloria de la persona de Jesús⁷. La finalidad principal del milagro es mostrar quién es Jesús. Esto quiere decir que el milagro está en relación con la persona divina de Jesús⁸.

Ciertamente que también está presente en Jesús la compasión propia de la caridad que quiere una vida plena para el hombre incluso durante esta edad temporal de su vida en la tierra. Un ejemplo claro de cómo en los milagros de Jesús se entrelaza la compasión por el enfermo o el damnificado con la intención de mostrar su divinidad, es el milagro de la resurrección de Lázaro. En efecto, Jesús se conmueve profundamente y llora (Jn 11,35.38), y después hace el milagro en el que se revela como Señor de la vida y de la muerte.

1.b Los dos milagros de hoy

El modo en que Jesús cura a la hemorroísa está ordenado a manifestar su divinidad. El curarla sin dar un gesto externo de voluntariedad y por el solo contacto con uno de los bordes de su vestido manifiesta la soberanía de Cristo. Para Schnackenburg, lo que significa el milagro de la hemorroísa es que “Jesús dispone de los poderes divinos, que en él están presentes y operantes. A quienes le ‘tocan’ con fe les concede la salud y la salvación”⁹. Y Santo Tomás dice que Jesús hizo este milagro “para mostrar que Él era Dios”¹⁰.

Santo Tomás dice que la humanidad de Cristo es un sacramento a través del cual nosotros recibimos la gracia. Y llama a la humanidad de Cristo *sacramentum coniunctum*, es decir, ‘sacramento unido’ a la divinidad para dar la gracia santificante. Así, la humanidad de Cristo, dice Santo Tomás, es un instrumento unido a la divinidad a través del cual recibimos la gracia. ‘Sacramento unido’ o ‘instrumento unido’ a la divinidad: eso es la humanidad de Cristo. Y concluye Santo Tomás: “La principal causa eficiente de la gracia es el mismo Dios, al cual se compara la humanidad de Cristo como un instrumento unido. Y por eso es necesario que la virtud salutífera se derive de la divinidad de Cristo por su humanidad a los mismos sacramentos”¹¹. En el milagro de la hemorroísa queda en evidencia más que nunca esta realidad. La humanidad de Cristo, por estar unida hipostáticamente a la persona del Verbo, tiene virtud curativa. Esa virtud curativa es participada a los mismos

⁷ Cf. **STOCK, K.**, *Gesù, il Figlio di Dio*, Edizioni ADP, Roma, 1993, p. 39.

⁸ Hay dos milagros paradigmáticos en los que se ve con mayor claridad la intencionalidad de Jesús de mostrar su divinidad. Esos milagros son: la curación del paralítico (Mc 2,1-12; Lc 5,17-26; Mt 9,1-8) y la conversión del agua en vino en las bodas de Caná (Jn 2,1-11). En el primero la afirmación principal es que Dios es el único que puede perdonar los pecados. Entonces Jesús dice: “Para que sepan que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados - dice al paralítico -: ‘A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa’” (Mc 2,10-11). En el segundo, la narración termina: “Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus signos (*seméion* = milagros). Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos” (Jn 2,11). Por ‘gloria’ se entiende la divinidad de Cristo (cf. Jn 1,14).

⁹ **SCHNACKENBURG, R.**, *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Herder, Barcelona, 1969.

¹⁰ “Ut se Deum ostenderet” (**SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Super Evangelium S. Matthaei lectura*, caput 9, lectio 4; traducción nuestra).

¹¹ “Principalis causa efficiens gratiae est ipse Deus, ad quem comparatur humanitas Christi sicut instrumentum coniunctum. (...) Et ideo oportet quod virtus salutifera derivetur a divinitate Christi per eius humanitatem in ipsa sacramenta”. (**SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Summa Theologiae*, III, q. 62, a. 5 c; traducción nuestra).

vestidos de Jesús. El milagro apunta a manifestar la divinidad de Cristo, de la cual se deriva la virtud curativa de su humanidad.

Otro aspecto de este milagro que nos habla de la revelación de la divinidad de Jesús es la respuesta que éste le da a la hemorroísa. Le dice: “Tu fe te ha salvado, queda curada de tu enfermedad” (Mc 5,34). Para decir ‘te ha salvado’, el evangelio usa el verbo *sódso*; y para decir ‘queda curada’, usa el verbo *íáomai*. Jesús distingue entre la salvación del alma y la curación del cuerpo. La hemorroísa salvó su alma porque creyó en Jesús, es decir, creyó en la divinidad de Jesús. Y a causa de esa fe en la divinidad de Jesús, su cuerpo quedó curado.

En la resurrección de la hija de Jairo la intención de Cristo de manifestar su divinidad resalta todavía más. Schnackenburg hace notar que en la narración de este milagro San Marcos se aleja un poco de la concepción sinóptica de los milagros y se acerca más a la concepción joánica¹². Dice Schnackenburg: “En cuanto sana enfermedades, Jesús es ya un donante de vida, y si resucita a una muerta no hace más que llevar al límite extremo esa donación de vida. Aquí ya no estamos lejos de las ideas joánicas, según las cuales Jesús se manifiesta como ‘dador de vida’ en un sentido sublime cuando llama a la vida a un enfermo de muerte (Jn 4,46-54), a un hombre que lleva enfermo mucho tiempo (Jn 5,1-9) o a uno que yace ya en la tumba (Jn, c. 11). En la ‘curación’ o ‘resurrección’ está indicado simbólicamente el don de la vida perdurable. Esta idea no ha madurado todavía en Marcos, pero ya está contenida en germen”¹³.

Por lo tanto, este milagro es un ‘signo’ (*semêion*) para mostrar la divinidad de Jesús. Por eso dice también Schnackenburg: “Este retorno a la vida es sólo como un signo, como lo es la resurrección de Lázaro en el Evangelio de Juan -aunque vinculada más estrechamente a Cristo- de que Jesús es ‘la resurrección y la vida’ (Jn 11,25)”¹⁴.

Además, en la resurrección de la niña, Jesús, al obrar soberanamente y en nombre propio, da signos de que el poder que tiene, lo ejerce como dueño absoluto de ese poder de curar. Sólo Dios puede decirse dueño absoluto de ese poder. En el AT se narran dos milagros de resurrección donde los taumaturgos actúan a través de medios sacramentales e invocando el nombre de Dios. Así, Elías, resucita a un niño colocándolo sobre la cama y tendiéndose tres veces sobre él, mientras eleva súplicas ardientes a Yahveh (1Re 17,17-22). Y Eliseo resucita otro niño de una manera muy parecida a la de Elías, pero realizando siete veces el procedimiento, mientras invoca a Yahveh (2Re 4,29-35). Ambos, Elías y Eliseo, quieren dejar bien en claro que el poder no viene de ellos sino de Dios. Jesús no obra así. Jesús deja entrever lo contrario, es decir, que el poder viene de Él. Por eso da una orden imperativa, brevísima y taxativa: “¡Talithá! ¡Qum!”; “¡Niña! ¡Levántate!”. “Soy Yo el que te lo ordeno; tengo autoridad para hacerlo, porque soy Dios”, parece decir Jesús.

2. Salvación del alma y curación del cuerpo

Como vimos en el caso de la hemorroísa, Jesús distingue entre salvación eterna del alma y curación temporal del cuerpo. Sin embargo, los dos milagros narrados hoy son, al mismo tiempo, una curación del cuerpo y un signo de la salvación del alma. Incluso la terminología que usa San Marcos para narrar los milagros permite entender ambas cosas. En efecto, cuando Jesús le dice a la hemorroísa: “Tu fe te ha salvado”, usa, como ya dijimos, el verbo *sódso*, y de esa manera expresa la salvación eterna del alma. Pero la hemorroísa también usa el verbo *sódso* para expresar que quedará curada de su enfermedad corporal. En efecto, ella dice: “Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me curaré (verbo *sódso*)” (Mc 5,28). Y Jairo, suplicándole a Jesús que cure a su hija dice: “Para que se salve (verbo *sódso*) y viva” (Mc 5,23).

¹² Los sinópticos llaman siempre *dýnamis* a los milagros de Jesús. *Dýnamis* significa ‘fuerza’, ‘poder’. Para los sinópticos los milagros de Jesús son obras de ‘poder’ y ‘autoridad’. A través de sus milagros Jesús muestra que realmente ha sido enviado por el Padre y que su misión es verdadera y auténtica.

¹³ SCHNACKENBURG, R., *Ibidem*.

¹⁴ SCHNACKENBURG, R., *Ibidem*.

El sentido primario del verbo *sódso* es: ‘hacer o conservar sano’; ‘conservar’. Pero también significa ‘salvar’, ‘preservar’¹⁵. Sin embargo, en los evangelios se usa casi siempre para expresar la salvación eterna del alma, es decir, ‘la consecución de la gloria y bienaventuranza eternas’, como dice el DRAE. Por ejemplo: “El que persevera hasta el fin, ése se salvará (verbo *sódso*)” (Mt 10,22).

Incluso, la palabra castellana ‘salvación’ viene de la palabra latina *salus*, que significa tanto la salud corporal como la salvación eterna. Por eso dice Schnackenburg: “El verbo griego correspondiente a ‘sanar’ puede entenderse, como entre nosotros, de la salud corporal y de la salvación eterna. Por la respuesta de Jesús a la hemorroisa: ‘Tu fe te ha salvado’, los lectores cristianos pueden deducir con toda seguridad también este sentido más profundo”¹⁶.

En definitiva, el mensaje que Jesús quiere enviar al hacer estos dos milagros de hoy es que Él es el único que puede dar vida, tanto la vida corporal y temporal durante nuestra vida terrena, como la vida espiritual y definitiva en el cielo. Pero, al mismo tiempo, pone una jerarquía. A la hemorroisa, Él le dice primero: “Tu fe te ha salvado”. Esto es lo más importante. Luego, en segundo lugar, le dice: “Queda curada de tu enfermedad”. Jesús quiere nuestra bien integral, pero privilegia sobre todo la salvación eterna: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16,26).

3. ‘Por la envidia del demonio entró la muerte al mundo’

Los títulos que la Iglesia pone a cada lectura del Leccionario son importantes y son un indicativo del tema que quiere resaltar en cada domingo¹⁷. En este domingo el título de la lectura del AT es: “Por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo”. Y el título del evangelio es: “¡Niña, Yo te lo ordeno, levántate!”. Hay una correlación entre ambos títulos. En efecto, la afirmación de la primera lectura, tomada del libro de la Sabiduría, indica la causa de la muerte. Y la afirmación del título del evangelio es la anulación de la causa de la muerte y la solución para la muerte. El diablo es el causante de la muerte. Pero Jesucristo es Dios y tiene poder para resucitar al hombre que ha muerto por envidia del diablo. El hombre que pertenece al diablo no puede alcanzar este triunfo sobre la muerte. Lo dice expresamente la primera lectura: “Por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo, y los que pertenecen a él tienen que padecerla” (Sab 2,24).

Esta reflexión puede aplicarse de manera muy conveniente a la situación que vive Argentina hoy. Ya se ha dado media sanción a la ley de legalización del aborto. El día miércoles 8 de agosto se votará la posible sanción definitiva en la Cámara de Senadores. Con toda propiedad podemos decir: “Por envidia del diablo se ha dado media sanción a la ley de legalización del aborto”. El diablo tiene envidia de la vida del hombre y por eso busca acabar con ella.

Pero... ¡cuidado! Porque el libro de la Sabiduría es severísimo: “Y los que pertenecen al diablo, tienen que padecer la muerte” (Sab 2,24). Pertenecer al diablo significa compartir con él la envidia por la vida que hay en el hombre. Los que aprueban la muerte se hacen partícipes de la envidia del diablo. Pero entonces cae sobre ellos la consecuencia necesaria y terrible: “Tendrán que padecer la muerte”.

Los que aprueban la ley del aborto y los que aprueban que se despenalice el aborto ‘tendrán que padecer la muerte’. El libro sacro se refiere a la muerte eterna, la condenación eterna, el infierno. Esa muerte eterna es ya adelantada, de alguna manera, con la excomunión que pesa sobre aquellos que están bautizados. Hay excomunión no sólo para el que vota a favor una ley que legaliza el aborto, sino también para aquel que afirma

¹⁵ SCHENKL, F. - BRUNETTI, F., *Dizionario Greco – Italiano – Greco*, Fratelli Melita Editori, La Spezia, 1990, p. 853.

¹⁶ SCHNACKENBURG, R., *Ibidem*.

¹⁷ Cf. CONGRAGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, año 2014, n° 140 – 149.

que el aborto no es un pecado. En efecto, decir que el aborto no es un pecado, es una herejía, y la herejía tiene como pena la excomunión *'latae sententiae'*¹⁸.

Sin embargo, para aquellos que no pertenecen al demonio, para aquellos que aman y se alegran por la vida del otro, para aquellos que, como Jairo y la mujer hemorroísa, confían en que Jesús es Dios y es Dador de Vida, la esperanza de salvación está siempre presente. Ahora más que nunca hay que confiar en el poder divino de Jesús para resucitar muertos. San Juan Pablo II, en su visita a Argentina, dijo: “¡Iglesia en Argentina! ¡Levántate!”¹⁹. En la voz del Papa resonaba la voz de Cristo.

Conclusión

Pero este triunfo de la vida sobre la muerte no se dará sin nuestra colaboración. Hay que ser instrumentos de Cristo para que la niña vuelva a vivir. No hay que perdonar ningún esfuerzo ni sacrificio personal para luchar contra la cultura de la muerte. Hay que usar todos los medios lícitos que tenemos a nuestro alcance para crear conciencia acerca del valor de la vida humana y del poder de Cristo para restaurarla. Hay que usar todos los medios modernos y digitales para difundir la verdad acerca de la vida en contra del aborto. Hay que esforzarse para que todos los que aman y defienden la vida salgan a la calle a dar testimonio de esa vida que aman. Entonces nuestra oración será escuchada. La acción sin oración es un repiqueteo estéril. Pero la oración sin acción no será escuchada.

Pidámosle esa gracia a la Santísima Virgen.

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy presenta el relato de la resurrección de una niña de doce años, hija de uno de los jefes de la sinagoga, el cual se echa a los pies de Jesús y le ruega: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva» (Mc 5, 23). En esta oración vemos la preocupación de todo padre por la vida y por el bien de sus hijos. Pero percibimos también la gran fe que ese hombre tiene en Jesús. Y cuando llega la noticia de que la niña ha muerto, Jesús le dice: «No temas, basta que tengas fe» (v. 36). Dan ánimo estas palabras de Jesús, y también nos las dice a nosotros muchas veces: «No temas, basta que tengas fe». Al entrar en la casa, el Señor echa a la gente que llora y grita y dirigiéndose a la niña muerta dice: «Contigo hablo, niña, levántate» (v. 41). Inmediatamente la niña se levantó y echó a andar. Aquí se ve el poder absoluto de Jesús sobre la muerte, que para Él es como un sueño del cual nos puede despertar.

En el seno de este relato, el evangelista introduce otro episodio: la curación de una mujer que desde hacía doce años padecía flujos de sangre. A causa de esta enfermedad que, según la cultura del tiempo, la hacía «impura», ella debía evitar todo contacto humano: pobrecilla, estaba condenada a una muerte civil. Esta mujer anónima, en medio de la multitud que sigue a Jesús, se dice a sí misma: «Con sólo tocarle el manto curaré» (v. 28). Y así fue: la necesidad de ser liberada la impulsó a probar y la fe «arranca», por así decir, la curación al

¹⁸ *'Latae sententiae'* significa 'ipso facto' o 'automáticamente', sin necesidad de esperar a que un Tribunal Eclesiástico decrete dicha excomunión. Esta doctrina está en *Código de Derecho Canónico*, cánones 751, 1364 y 1314. Y ha sido vuelta a presentar por la Iglesia en una respuesta que la Congregación para la Doctrina de la Fe, en forma privada, dio a un abogado estadounidense ante una consulta de éste con motivo de unas declaraciones del entonces candidato presidencial de EEUU, John Kerry (cf. **COLE, BASIL**, *Carta a Marc Balestrieri*, 11 de septiembre de 2004). Respecto a esto dice el P. Miguel Ángel Fuentes, IVE: “La afirmación de que el aborto no es pecado constituye propiamente un error que afecta a la verdad de la fe católica, por tanto, una *herejía*; y con mayor razón la declaración y defensa de un presunto derecho al aborto. Esto significa que quien afirma que el aborto no es pecado, o que hay derecho a abortar, destruye la fe católica y deja de ser católico. Pasa a ser, en efecto, hereje, o sea, un ‘no-católico’” (**FUENTES, M.**, *Aborto, herejía y excomunión*, Revista Diálogo, n. 59, año 2012).

¹⁹ **SAN JUAN PABLO II**, *Misa para los sacerdotes, consagrados y agentes de pastoral*, Estadio de Vélez Sarsfield, Buenos Aires, 10 de abril de 1987.

Señor . Quien cree «toca» a Jesús y toma de Él la gracia que salva. La fe es esto: tocar a Jesús y recibir de Él la gracia que salva. Nos salva, nos salva la vida espiritual, nos salva de tantos problemas. Jesús se da cuenta, y en medio de la gente, busca el rostro de aquella mujer. Ella se adelanta temblorosa y Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado» (v. 34). Es la voz del Padre celestial que habla en Jesús: «¡Hija, no estás condenada, no estás excluida, eres mi hija!». Y cada vez que Jesús se acerca a nosotros, cuando vamos hacia Él con fe, escuchamos esto del Padre: «Hijo, tú eres mi hijo, tú eres mi hija. Tú te has curado, tú estás curada. Yo perdono a todos, todo. Yo curo a todos y todo».

Estos dos episodios —una curación y una resurrección— tienen un único centro: la fe. El mensaje es claro, y se puede resumir en una pregunta: ¿creemos que Jesús nos puede curar y nos puede despertar de la muerte? Todo el Evangelio está escrito a la luz de esta fe: Jesús ha resucitado, ha vencido la muerte, y por su victoria también nosotros resucitaremos. Esta fe, que para los primeros cristianos era segura, puede empañarse y hacerse incierta, hasta el punto que algunos confunden resurrección con reencarnación. La Palabra de Dios de este domingo nos invita a vivir en la certeza de la resurrección: Jesús es el Señor, Jesús tiene poder sobre el mal y sobre la muerte, y quiere llevarnos a la casa del Padre, donde reina la vida. Y allí nos encontraremos todos, todos los que estamos aquí en la plaza hoy, nos encontraremos en la casa del Padre, en la vida que Jesús nos dará.

La Resurrección de Cristo actúa en la historia como principio de renovación y esperanza. Cualquier persona desesperada y cansada hasta la muerte, si confía en Jesús y en su amor puede volver a vivir. También recomenzar una nueva vida, cambiar de vida es un modo de resurgir, de resucitar. La fe es una fuerza de vida, da plenitud a nuestra humanidad; y quien cree en Cristo se debe reconocer porque promueve la vida en toda situación, para hacer experimentar a todos, especialmente a los más débiles, el amor de Dios que libera y salva.

Pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, el don de una fe fuerte y valiente, que nos empuje a ser difusores de esperanza y de vida entre nuestros hermanos.

(PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, Domingo 28 de junio de 2015)

Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, el evangelista san Marcos nos presenta el relato de dos curaciones milagrosas que Jesús realiza en favor de dos mujeres: la hija de uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y una mujer que sufría de hemorragia (cf. Mc 5, 21-43). Son dos episodios en los que hay dos niveles de lectura; el puramente físico: Jesús se inclina ante el sufrimiento humano y cura el cuerpo; y el espiritual: Jesús vino a sanar el corazón del hombre, a dar la salvación y pide fe en él. En el primer episodio, ante la noticia de que la hija de Jairo había muerto, Jesús le dice al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe» (v. 36), lo lleva con él donde estaba la niña y exclama: «Contigo hablo, niña, levántate» (v. 41). Y esta se levantó y se puso a caminar. San Jerónimo comenta estas palabras, subrayando el poder salvífico de Jesús: «Niña, levántate por mí: no por mérito tuyo, sino por mi gracia. Por tanto, levántate por mí: el hecho de haber sido curada no depende de tus virtudes» (Homilías sobre el Evangelio de Marcos, 3). El segundo episodio, el de la mujer que sufría hemorragias, pone también de manifiesto cómo Jesús vino a liberar al ser humano en su totalidad. De hecho, el milagro se realiza en dos fases: en la primera se produce la curación física, que está íntimamente relacionada con la curación más profunda, la que da la gracia de Dios a quien se abre a él con fe. Jesús dice a la mujer: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad» (Mc 5, 34).

Para nosotros estos dos relatos de curación son una invitación a superar una visión puramente horizontal y materialista de la vida. A Dios le pedimos muchas curaciones de problemas, de necesidades concretas, y está

bien hacerlo, pero lo que debemos pedir con insistencia es una fe cada vez más sólida, para que el Señor renueve nuestra vida, y una firme confianza en su amor, en su providencia que no nos abandona.

Jesús, que está atento al sufrimiento humano, nos hace pensar también en todos aquellos que ayudan a los enfermos a llevar su cruz, especialmente en los médicos, en los agentes sanitarios y en quienes prestan la asistencia religiosa en los hospitales. Son «reservas de amor», que llevan serenidad y esperanza a los que sufren. En la encíclica *Deus caritas est*, expliqué que, en este valioso servicio, hace falta ante todo competencia profesional —que es una primera necesidad fundamental—, pero esta por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, que necesitan humanidad y atención cordial. «Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una “formación del corazón”: se les ha de guiar hacia el encuentro con Dios en Cristo que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro» (n. 31).

Pidamos a la Virgen María que acompañe nuestro camino de fe y nuestro compromiso de amor concreto especialmente a los necesitados, mientras invocamos su maternal intercesión por nuestros hermanos que viven un sufrimiento en el cuerpo o en el espíritu.

(BENEDICTO XVI, *Ángelus*, Plaza de San Pedro Domingo 1 de julio de 2012)

P. Gustavo Pascual, IVE

La fuerza de la fe

Mc 5, 21-43

En estos dos milagros que Jesús realiza, el evangelista realza la importancia de la fe.

Jesús dice a la hemorroísa: “hija, tu fe te ha salvado” y a Jairo que conoció la muerte de su hija le dijo: “no temas, solamente ten fe”.

El contacto con Jesús sanó a la hemorroísa. Ella lo tocó y quedó sana. A la hija de Jairo la tomó de la mano y la mandó levantarse. Hay un contacto físico. La humanidad de Cristo es el instrumento unido a su divinidad, por la cual, llega la salud a los hombres, pero, el contacto de la fe es mucho más importante.

Jesús curó al siervo del centurión²⁰ sin tocarlo, a la distancia, pero fue necesaria la fe. Jesús dijo de él: “os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande”. ¡Cuántos milagros ha hecho y sigue haciendo Jesús entre los hombres por el sólo contacto de la fe!

¿Qué contacto es el de la fe? Es un contacto espiritual por el que el hombre reconoce la omnipotencia de Dios y de Jesús. La fe nos hace reconocer nuestra pobreza existencial y nos hace buscar subsanarla por el poder de Dios. La fe nos hace, verdaderamente, entrar en contacto con Dios.

Para poder recibir una gracia de Dios, para que Jesús nos haga un milagro, tenemos que creer que puede hacerlo. Que después lo haga o no es cosa suya. Debemos confiar en su poder, en su bondad, en su amor y en su misericordia.

Si recurriéramos con fe a Jesús Él nos sanaría o de Él alcanzaríamos la curación para nuestros hermanos. Tenemos que creer con una confianza tal como que hubiéramos conseguido lo que pedimos. Nos falta abandono confiado en Jesús.

La mujer que padecía flujos de sangre había probado curarse de muchas maneras y cuando estaba al borde de la desesperanza recurrió a Jesús. A nosotros también nos pasa así. Probamos métodos ascéticos... psicológicos... prácticos... pero fallan ¿No será que primero tenemos que confiar en Jesús y unirnos a Él por la fe pidiéndole que nos sane? ¿Y si falla la fe, qué hacer? Orar pidiendo a Jesús que acreciente nuestra fe como pidieron los apóstoles²¹, como pidió el hombre que tenía su hijo endemoniado²².

Nunca nos olvidemos que Jesús es la salud. Salud es su nombre. Sólo mencionar su nombre con fe nos curará.

²⁰ Lc 7, 1-10

²¹ Lc 17, 5

²² Mc 9, 24

Hay una invocación de un leproso que es muy ilustrativa de lo que vamos diciendo. El leproso le rezó: “si quieres puedes limpiarme”²³. Oración llena de fe en el poder de Jesús y llena de humildad aceptando su voluntad. Jesús puede sanarnos pero, a veces, no quiere por alguna razón, sea para purificarnos, para que nuestra fe crezca o por lo que Él sabe. San Pablo le pidió que le quitará el agujón de la carne y Él no lo sanó porque con su gracia podía sanarse²⁴.

No faltan pruebas a nuestra fe. Las tuvo la hemorroísa y las tuvo Jairo pero la fe se purifica en las pruebas y se hace más agradable a Jesús. Él sabe por las pruebas que pasa nuestra fe y por eso se alegra mucho cuando la fe de una persona supera las pruebas que Él mismo ha permitido.

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predicación, los cuales pueden facilitar la aplicación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buella. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado

²³ Lc 5, 12

²⁴ 2 Co 12, 9